

UNA PÁGINA PARA ACOMPAÑAR UN HOMENAJE A JULIÁN RÍOS

Eduardo MILÁN

Estoy tentado en decir que Julián Ríos es la modernidad realizada en la literatura escrita en castellano. Pero *Larva* es del 83. El reventón posmoderno se plantea a partir de 1979 con *La condición posmoderna* de Lyotard. Nada empieza cuando empieza ni termina cuando termina. Ya sé. Ni tal vez la vida humana. Ya sé. La vida de los animales se envuelve de inmediato en una espiral natural y de ahí a quién sabe dónde. Pero la obra de Julián Ríos –más o menos como el estallido de los 60s que se afirma en los 70s- es una estela moderna que claro que estaba en el aire pero eso no lo respiró nadie más que él. La ilusión de totalidad que carga, el arco abanico que abre se toca con aquellas figuras con las que se relaciona: Joyce, Pound, el Quijote. Arco iris de la demesura. No recuerdo una experiencia de lenguaje similar. Se lo comenté a Andrés Sánchez Robayna cuando me invitó a comienzos de los 80s a participar en *Syntaxis*, la revista que dirigía entonces. Y me habló de Julián Ríos. Y ya entré en carrera con la lectura de *Larva*. Antes de salir de Uruguay no había leído a Julián Ríos (fines de los 79: salí de Uruguay con la posmodernidad y con el neoliberalismo: no había mucho que esperar, la verdad). En el 86, cuando volví de México a ver a mi padre que acababa de ser liberado después de 12 años en el Establecimiento de Reclusión Penal Militar no. 1, “Libertad”, le comenté a Roberto Appratto que había un tipo en España cuya capacidad de inventiva lingüística era asombrosa: Julián Ríos. Era raro. Parecía producto del destape o de la movida brasileña. Pero no tenía mucho que ver salvo el participar con la ola aireada que mostraba todo con una generosidad desbordada, asonante. Julián Ríos tenía más que ver con dos latinoamericanos: Paulo Leminski, el de *Catatau* (1975) y Haroldo de Campos, el de *Galaxias* (1984). Y, por cierto, con *Ulises* (1922) y *Finnegans Wake* (1939) de Joyce. Y, por cierto –o sea, claro– con *Tristram Shandy* (1761-1767) de Laurence Sterne. Lo increíble a esta altura de la historia es cómo Julián Ríos acepta el desafío de un linaje que es más que difícil: es un destino de lenguaje, una ordalía constante, un aluvión, una horda soltada, un sabotaje a toda la literatura de asunto claro, transparente y liso. Y, desde el punto de vista de la recepción, un auto-sabotaje. Pero la escritura de Julián Ríos –cuyo signo es “ser leída por la posteridad”, cuyos ojos postergan y postergan un presente de lectura- puede preocuparse por muchos cuidados menos por la recepción. Es anti-receptiva. Literatura para pocos, tradición gongorina (elevada a enésima potencia, allí donde no se cimbra la cima), cultura de culto, larverinto.

Ríos escribe desde afuera pero con una introspección lingüística pocas veces vista. Escribe micrológicamente en esa lógica de “micrologia da composição” que decía Haroldo de Campos. No sé si la ilusión creada –no es la ilusión de contigüidad– es la del movimiento o la de la detención. Pero en Poundemonium –“who will copy thy palimpsest?”, se preguntaba Pound– la demora temporal generada por la incisión en la palabra parece una pseudo-inmovilidad perfecta. Porque no hay tal. Lo que detona ese gesto es, a la vez, una multiplicidad de referencias y una concentración de hormigas –tenían que aparecer, fenoménicas. Retener sin detener: la consigna-libro de Saúl Yurkievich me parece que es un intento de acercamiento a la experiencia de escritura de Julián Ríos. En la época de la coexistencia pacífica de formas, del pacto de formas que generó una hiperproducción china de textos literarios que se parecen como símiles los unos a los otros, quiero quebrar una lanza por Julián Ríos, un escritor único en lengua castellana, en la literatura castellana, en la prosa poética castellana.